

Parámetro ético de las decisiones

Rocío Ruíz Mendoza

RESUMEN

Pretendo centrar estas reflexiones sobre:

a) La trascendencia de la toma de decisiones en el marco de esa cultura que se caracteriza como post-moderna precisamente por su indefinición.

b) Si la toma de decisiones, en sí misma, está o no naturalmente afectada por el parámetro ético; y

c) Si el parámetro ético ha de afectar las decisiones de la esfera privada o si la esfera pública es también su lugar propio, aun en medio de la post-modernidad.

En pocas palabras, tendríamos que preguntarnos si es lo mismo decidir hoy que ayer y si los parámetros que dicta la civilización actual para la toma de decisiones están o no justificados.

Debemos enclavar la toma de decisiones en el contexto postmoderno y atender a sus repercusiones: por un lado, frente a la sociedad, con toda su trascendencia y responsabilidad social; por otro, como modo de construir

el propio registro existencial, es decir mi definición individual como persona, como «arquitecto que soy de mi propio destino», en expresión del poeta.

ABSTRACT

THE ETHICAL PARAMETER OF DECISIONS

This article will try to focus these reflections about:

a) The influence of taking of decisions on the basis of this culture which is characterized as post-modern precisely for its indefiniteness.

b) If the taking of decisions, in itself, is or not naturally affected by the ethical parameter .

c) If the ethical parameter should affect the decisions of private sphere or if the public sphere is also the correct place, even in the medium of post modernity.

In few words we have to ask ourselves if it is the same to decide today rather than yesterday and if the parameters that are dictated by the present civilization for the taking of decisions are or are not justified.

We must situate the taking of decisions in the postmodern context and attend to its repercussions; on the one hand in front of society with all its importance and social responsibility; and on the other hand as a way of constructing its own existential register, that is to say my individual definition as a person, as, in the words of the poet, “the architect, which I am, of my own destiny”.

TOMA DE DECISIONES: EL PARÁMETRO ÉTICO EN EL CONTRASTE CULTURAL

Refleja bien el itinerario de la cuestión, el contraste de dos líneas de pensamiento de cierta representatividad, seleccionadas sin demasiada intención, aunque sí con el objeto general de contrastar dos momentos históricos.

La primera: «La finalidad de la educación del estado es crear individuos virtuosos...» (Moro, Tomás (1516).

Utopía)

Hay ideas que en 1516 sonaban utópicas; hoy, la realidad virtual ha superado la ciencia ficción; la capacidad de asombro se ha perdido en importante proporción; sin embargo, una idea como ésta sigue sonando a ficción y provocando asombro. Quizá es porque para algunos, lo único que sigue resultando utópico e irrealizable es la virtud.

Parece que Sir Tomás Moro, el gran canciller de Enrique VIII, era lo suficientemente inteligente como para no pretender que la isla de Abraxa, renovada por Utopo —de donde proviene el título de «Utopía»—, pudiera darse en la realidad con los presupuestos de administración pública que describe. Resulta un anhelo un tanto platónico, en sentido estricto, pues como sabemos, contiene muchas ideas de la «República» de Platón. Sólo los pensadores modernos, más adelante, pretendieron que fuera una realidad. Indudablemente Moro incluye

en su obra postulados que eran para él convicciones. Parece que la formulación citada era para él de este orden de ideas.

Hoy nos resulta prácticamente increíble que pudiera existir un gobierno preocupado por la virtud. Más lógica se perfila en nuestra cultura la figura del gobierno de intereses. Deuda pública, seguridad social, educación, transacciones políticas, parecen temas sin relación alguna con la virtud; así como en la empresa lo serían el tabulador salarial, la infraestructura y las condiciones de trabajo, la jornada laboral, etcétera. Todas son en realidad las ocupaciones del que ejerce como profesional; la virtud, en cambio, queda acotada al campo de las aspiraciones personales.

Por eso quizá nuestra cultura nacional acepta fácilmente y hasta con cierto humor la sospecha de fraude público. No es en los subterráneos urbanos donde se denuncia la corrupción pública: en los tiraderos en el primer cuadro de la ciudad, frente a Palacio Nacional, a plena luz del día, en los semáforos de la urbe más poblada del mundo la figura a escala (no tanta) de un expresidente nuestro vestido de presidiario y reteniendo con avidez un costal lleno de billetes, hizo proverbial y legendario al "chupabilletes"; la memoria de la anécdota ha persistido: unas viejas y raídas caretas, continuaron riéndose del chupabilletes y de nuestro propio infortunio. Lo más sorprendente, es el humor con el que el pueblo afronta este tipo de denuncias, quizá porque "ya ni llorar es bueno", pero también por ese extra-

ño mecanismo de defensa que nos lleva a trivializar lo esencial; o quizá, también, porque la risa es una "denuncia ahogada"..., por impotente. Pero ahora no nos ocupa el juicio político a la historia nacional. Volvamos a lo nuestro.

*La segunda afirmación, ésta del siglo XX: «El estado ha de ser neutral ante los valores, su postura ha de ser antiperfeccionista: no es misión del estado promover el bien, sino sólo asegurar la convivencia» (Rawls, John (1971). *A Theory of Justice*)*

La práctica contemporánea parece regirse por este tipo de afirmaciones. Rawls se pregunta si el Estado debe ser éticamente puro; responde con su célebre formulación: «Justice as fairness» (justicia igual a imparcialidad).

Rawls explica la imparcialidad por dos conceptos claves: La «posición original» y el «velo de ignorancia». La posición original consiste en esa situación óptima, libre de prejuicios, en la que cualquiera debe colocarse para poder decidir de modo imparcial; el velo de ignorancia es una ficción que indica la disposición personal para la toma de decisiones: dejar de lado todo aquello que, en su vida, pudiera suponer una situación de ventaja o desventaja (los propios intereses, ideologías, concepciones de la vida, convicciones...). Con este velo sobre los ojos se entra en la posición original donde todas las opciones se presentan en libertad e igualdad y donde se puede decidir con justeza.

Charles Taylor, profesor de la Universidad de McGill (Montreal) critica los presupuestos de Rawls aduciendo

que en realidad esa «neutralidad de valores» que propugna, no es más que una tabla de valores propios a los que Taylor llama, con cierta ironía, los «hiperbienes», tales como la libertad de elección, la negación de un orden objetivo del universo, la posibilidad de decidir los parámetros por los que la propia vida se juzgue buena o mala, etcétera.

Rawls, en cambio, arguye que esa neutralidad de valores no pretende comprender toda la actividad del individuo sino sólo la de su vida pública: las decisiones de política, ciudadanía, empresa, diplomacia, vida profesional, vida social. «Así —señala— los ciudadanos sólo se cubren con el “velo de la ignorancia” en la esfera pública, y cada uno puede seguir teniendo en su vida privada sus “propias convicciones”».

Concluye: *«Sólo como ciudadanos nos concebimos a nosotros mismos como libres de nuestros fines; capaces de revisar en terrenos razonables, nuestras particulares concepciones sobre el bien».*

Queda planteada, así, una polémica que se encuentra en la base de la cultura contemporánea: el lugar propio del parámetro ético, ¿es la vida pública o la esfera privada de la vida? La toma de decisiones de la vida pública, ¿obliga a un posicionamiento neutral u obliga a un posicionamiento ético? ¿O simple y llanamente: no obliga? ¿Se puede, válidamente, dejar el parámetro ético de las decisiones para aquellos que libremente decidan introducir este parámetro en su actividad pública? ¿La

pretensión de algunos de que todas las esferas de actividad humana sean éticamente consideradas es o no válida?

Pero quienes se hacen este tipo de formulaciones, escasean. La práctica común apunta hacia las respuestas rápidas: hoy acierta quien llega antes, no quien llega mejor.

Hace algún tiempo se propagó un comercial de alguna empresa de telecomunicaciones que señalaba: «¿Sabe usted quién fue el primero que llegó a la luna?, ¿y el segundo? ¿Sabe usted quien fue el primero en...? ¿Y el segundo? El éxito es cuestión de un instante».

El vértigo es el signo de los tiempos, de las transacciones, de las resoluciones, de los contratos cerrados. La consigna: «No dejar pasar la oportunidad». La prioridad: el rendimiento y las utilidades; la máxima acumulación de capital con el mínimo desgaste de los medios. Por eso no hay tiempo para ponderar. Las teorías se dejan a quienes les sobre el tiempo.

LA TOMA DE DECISIONES O LA CONSTRUCCIÓN DEL PROPIO REGISTRO EXISTENCIAL Y DE LA CIVILIZACIÓN

Pero vamos a ver qué es lo que uno se juega en la toma de decisiones. Hemos admitido ya la existencia de esa doble esfera de actividad que sugiere Rawls: la vida privada y la vida pública.

La vida privada. Cualquiera que crea en una cierta trascendencia del espíritu humano y haya leído a Dante en su «Divina Comedia» tendría motivos de estremecimiento al considerar la cuestión de la toma de decisiones en términos personales. Pero no vayamos tan lejos, aunque la realidad próxima no escasee en trascendencia y responsabilidad personal.

Cuando Amado Nervo decía aquello de que «somos arquitectos de nuestro propio destino», quizá no estaba pensando en los nueve círculos del infierno dantesco y no por eso deja descargar la fuerza del futuro inmediato en la toma de decisiones personales:

«porque veo al final de mi rudo
camino,
que yo fui el arquitecto de mi
propio destino,
que si extraje la hiel o la miel de
las cosas
fue porque en ellas puse hiel o
mieles sabrosas;
donde planté rosales, coseché
siempre rosas».

Lo cierto es que, con la toma de decisiones, nos construimos a nosotros mismos como individuos con un argumento vital, existencial, vivido en carne propia, de tal modo, que no puedo ignorarlo.

La esfera pública. Pero también, con nuestras decisiones, construimos la civilización y más concretamente la sociedad en la que nos desenvolvemos y, en este sentido, no podemos eludir la responsabilidad. Quizá por eso señala Daniel Inerarity en su ensayo «Rumor de fantasmas» —de no tan reciente publicación—: «(...) una cultura ha de vérselas con sus muertos y descendientes si no quiere que se le hagan presentes de modo espectral». Y el poeta Trakl describe así lo que la decisión implica: «(...) ejercer la responsabilidad hacia los ausentes, hacia los espíritus de las víctimas y los seres futuros, aquéllos no nacidos, que suspiran con ojos ciegos». Y de nuevo Inerarity: «Y es que, en última instancia, la responsabilidad no es otra cosa que saberse reclamado, amonestado, frágil, deudor de respuesta, poseedor temporal de un crédito que puede perderse».

VISIÓN AMPLIA: APOSTANDO AL ÉXITO EN LA DECISIÓN

Habrà quien reste importancia al tema. Y precisamente para ese tal, sea para quien más importancia presente. Hay para quienes el futuro no alcanza más allá del «mañana» o «pasado mañana»; sin esa especie de «telescopio» que mire a larga distancia, que penetre el futuro remoto y la experiencia del pasado, se pierde un tanto la fuerza de la personal responsabilidad social, de ese

futuro ineludible que reduce mi cuerpo a un «atillo de huesos y polvo», de «polvo y ceniza». ¿Dónde estaré yo entonces? Porque «estaré», algo me dice que estaré: ése ha sido el sentir de la humanidad en infinidad de culturas. «(...) tal vez los hombres sean necios, pero es difícil que su estupidez llegue hasta el extremo de inferir lo blanco de lo negro —afirmamos, siguiendo el modo experiencial de discurrir de C.S. Lewis—; de seguir pensando algo contra toda la lógica de la materia: si lo piensa no será por la materia, sino porque se descubre en el hombre algo más que materia»¹. Sin «telescopio» que vea más allá, se cierran las miras, la visión se hace pequeña y mi motivo existencia se reduce a «hoy», «mañana» y quizá «pasado mañana». La visión estrecha es un enemigo mortal para el éxito al que está llamada por su misma naturaleza la toma de decisiones: nadie decide apostando al fracaso.

LA DELIBERACIÓN EN EL HORIZONTE DE POSIBILIDADES

Es innegable que no todos los hombres padecen al momento de la toma de decisiones esa sensación bien expresada con la figura verbal que reza «estar entre la espada

1 Cfr. C.S. Lewis. *El Problema del Dolor*. Madrid: Rialp, p. 23.

y la pared». Aunque por otro lado es poco probable que exista quien nunca haya estado en esa coyuntura.

De todas formas, la naturaleza de la decisión reclama una cierta deliberación. En la práctica, el momento de la deliberación puede ser afrontado o esquivado. Esta posibilidad se presenta cada vez que nos encontramos en la coyuntura de decidir.

Según la importancia de la materia a decidir o las circunstancias particulares (el momento concreto), se puede optar o huir de la deliberación. También por cultura, por capacidad de visión, de penetración de los sucesos o por temperamento se transita o se evade el camino de la deliberación. Cuando no se cuenta con la información o los datos suficientes para deliberar, no queda otra: hay que actuar o suspender. La falta de cultura o de información pone en esta coyuntura.

a) El vértigo post-moderno enemigo de la deliberación

Pero el vértigo —que se señala en el comercial antes citado: «¿Sabe usted quién llegó primero?»— puede también empujar a la toma de decisión sin conciencia. La sociedad de vez en cuando lo advierte y lo reclama públicamente: las protestas levantadas en Francia en torno a las pruebas nucleares realizadas hace algunos años, son una prueba, entre tantas, de esto. La administración pública oye resonar de inmediato la censura de su precipitación para afirmar o resolver, más que sin éxito, con fracaso: mucha de la prensa actual acusa en nuestro país

esas afirmaciones precipitadas que no han alcanzado soluciones y que sí en cambio ejercieron presión al voto popular en su momento: hay una crítica explícita de un pueblo hacia su gobierno.

Lo malo de actuar sin deliberar es que es más fácil, más cómodo y, por lo tanto, invita a repetir la experiencia; y, como resolver por intuición sólo fortuitamente es acertado, uno puede creerse que «el que arriesga gana». Pero no siempre vemos de modo inmediato los efectos de nuestra actuación; tampoco los «defectos». Esto, el actuar a ciegas frente al riesgo, es lo malo: es actuar sin principios próximos —y sin dimensión proporcionada de los efectos—.

Para quien decide sin deliberar hay dos riesgos serios: el primero contra uno mismo y el segundo contra la sociedad.

a. 1. Contra uno mismo: porque ese modo de actuar puede convertirse en un hábito personal que vaya minando, hasta destruir totalmente, esa capacidad del intelecto humano de conocer: valorar una información ejercita la capacidad intelectual analítica y sintética; y, por último, uno se habitúa a actuar sin conciencia: ese acto del intelecto práctico que aplica los conocimientos, la información, la propia sabiduría al acto concreto, de lo que efectivamente proviene ese actuar conciencia, es decir, con conocimiento de causa.

Antonio Tabucchi, el italiano-portugués maestro de la narrativa contemporánea, lo expresa así en su obra

Pequeños equívocos sin importancia (1987): «(...) el papel que uno asume acaba por convertirse en verdadero, la vida es experta en esclerotizar las cosas, y las actitudes se convierten en opciones». A lo que apostilla el escritor Javier de Navascués: «(...) el papel asumido se hace verdadero con el tiempo».

a. 2. *Contra la sociedad*: porque las acciones humanas redundan a veces imprevisiblemente, pero otras veces previsiblemente. Para hacer mal a la sociedad no se necesita una voluntad explícita, a veces basta con no ponderar los efectos.

A principios de nuestra crisis económica del sexenio zedillista algunos periódicos llevaron la contabilidad diaria de los suicidios acaecidos. No discuto la política al decir que la responsabilidad recae sobre algunas decisiones; desde luego, lo que nadie imagina es que los entonces llamados "errores de diciembre" u otras supuestas causas de una crisis que en el ánimo popular se percibió de forma severa y desesperanzadora, hayan sido premeditados para ocasionar esos suicidios, como sugería aquella información de la prensa. Sin embargo fueron, algunas decisiones —por principio el efecto reclama una causa—, los que llevaron a una nación a vivir una situación emergente: hambre, miseria, destrucción familiar, etc. En las posteriores crisis sociales —incluido el actual momento histórico— que de mil formas insisten en sobrevivir o revivir, la toma de decisiones está produciendo nuevos efectos en el derrotero de la nación. Tampoco hay seguridad de que Osama Bin Ladem

en su momento estelar, hubiera proyectado el inicio de lo que pudo ser, una guerra de proporciones insospechadas y, mucho menos de que estuviera deseando la destrucción de Afganistán por los bombarderos americanos, pero —es indudable— hay acciones que pueden desencadenar graves consecuencias con independencia de la intencionalidad original.

La gaceta mensual de la ENEP-Aragón publicó, hace varios años, en una sección fija que escribía Hugo Sánchez Gudiño (editorialista del *Excelsior* y del *Día*) titulada «Crónicas desde la crisis», una crónica desgarradora que llamó «La tierra del olvido...», haciendo referencia a la ciudad de México. Alguna de las frases recogidas no pueden menos que herir al lector, a mí me hirieron:

Todos los grados centígrados de violencia urbana: todos los marginados, los pirañitas, los buitres, los halcones, los carteristas, los neuróticos; los pidelimosnas, los pordioseros, los alcohólicos, los drogadictos, todos victimarios, víctimas del mismo mundo urbano que afrontan diariamente y que aún no los ha vencido... Nosotros... los que no queríamos morirnos de hambre y sin embargo moríamos de algo... Nosotros que luchábamos como mecapaleros todos los días del año y soñábamos con cambiar de vida, de facha... Nosotros con ambiciones pulqueras de sacarnos la lotería. Nosotros siempre tan poquiteros, imaginativos.

Pero no quiero centrar nuestras reflexiones en los problemas de crisis sociales o económicas, ni en la culpabilidad de unos y otros. Quiero resaltar, sí, los efectos que nuestras decisiones tienen; porque, lo sepan o no, no nos

queda más remedio que decidir y decidir en lo personal y en lo público; con decisiones que con la misma fatalidad vuelcan sus efectos en la esfera privada de nuestra vida y en la esfera pública.

b) La indecisión: decisión por *default*

Si la decisión improvisada genera una serie de inconvenientes, no son menos los que genera la suspensión del juicio o de la decisión. Los indecisos han de responder también frente a sí mismos y frente a la sociedad; la suspensión de la decisión no es más que la cobardía de no querer responder pero, en la práctica, esto es ya un posicionamiento; porque quienes no arriesgan para no perder, terminan perdiendo por *default*. En la vida, el que no avanza retrocede, y el que no decide opta; así «como quien calla otorga» y sin pensarlo se sumó a la causa, se vio enrolado.

LA TOMA DE DECISIONES
EN TIEMPOS REVUELTOS

a) Itinerario del pensamiento

A grandes rasgos, el itinerario del pensamiento, incluye 3 momentos fundamentales:

- a. 1. La filosofía tradicional (los clásicos y la escolástica).
- a. 2. La filosofía moderna.

a. 3. La indefinición del post-modernismo, que se perfila como una mera transición.

La filosofía sintética —tradicional— recibe la herencia del pasado y la incluye en sí misma buscando la unidad de la filosofía: resolviendo los postulados que quedaban abiertos a una respuesta.

La filosofía sistemática, en cambio, se reestructura en cada pensador moderno que cristaliza un «sistema», una explicación acabada de la realidad desde un nuevo postulado que se convierte en su paradigma de la realidad. Si los modernos rompen con la tradición escolástica del pensamiento, al «reinterpretar» la realidad bajo nuevos cánones; los postmodernos se acogen al relativismo del que parten para devaluar todos los sistemas propuestos.

b) Itinerario de los parámetros culturales de la toma de decisiones

b. 1. El pensamiento tradicional asienta la toma de decisiones en la voluntad que opta por lo que el intelecto conoce y delibera sobre la información de la realidad. Lo que se expresa así: «Decido lo conocido como bueno». Es el imperio de «lo *real*».

b. 2. El pensamiento moderno que, desde Descartes, se declara incapaz de trascender la esfera subjetiva del conocimiento y por lo tanto incapaz de alcanzar cognoscitivamente la realidad, funda la toma de decisiones en la percepción subjetiva de la realidad. Como es tal, no me garantiza que sea verdadera y, por tanto, nunca sabré

si coincide con la realidad; de modo que la decisión puede ser orientada desde el punto de vista de cada sujeto, cayendo así en un relativismo que resta importancia y niega toda trascendencia a la realidad. Como no tiene datos para deliberar sobre lo real, suspende el juicio, se inclina débilmente a uno de los términos de la proposición y establece en su lugar el imperio de la *opinión*.

b.3. El pensamiento post-moderno concluye que, si todo es opinable —relativo—, no vale la pena decidir, porque es renunciar. Lo que queda expresado así: «Decido todo porque nada es contradictorio y, frente a lo desagradable, aparece el imperio de la *tolerancia*».

c) Indefinición de la post-modernidad

Los pensadores contemporáneos han llamado a la cultura actual: postmoderna, simple y llanamente por «desllamarla» modernidad.

El pensamiento de moda es el que algunos medios de comunicación señalan como el «pensamiento débil»; es lo que marca la pauta. El pensamiento débil es un pensamiento anémico, diluido, es un pensamiento *«light»*, «tolerante». La razón es sencilla: no critica suficientemente a fondo al pensamiento moderno pues pretende haberlo superado.

Es un período de transición entre la anterior cultura y la que está por venir. En el surgimiento de un nuevo “momento” cultural se da el hecho peculiar del lento desdibujarse de conceptos o realidades configuradoras de

la vieja cultura. Un nuevo clima va erosionando los nítidos y recortados perfiles de las ideas, las palabras, van siendo vaciadas de su contenido original que se ve sustituido por otro bien distinto. Para que dicho fenómeno pueda darse, los nuevos contenidos deben gozar de una cierta inconcreción, que no significa falta de identidad, sino **consentida imprecisión y afectada dejadez** en el empeño por definir con justeza. Se da un cambio sólo en apariencia: el mundo sigue siendo el mismo. Lo peculiar y engañoso de ese cambio es que acontece apenas sin traumas ni convulsiones, pues la aparición de las nuevas ideas acompaña temporalmente la desaparición de las antiguas. Buen número de gentes de todo tipo se convierten en conquistas sin violencia de este cambio, y sucede sin que casi sean conscientes ellos mismos, de tal conquista: de improviso se encuentran gobernadas por nuevas ideas cuya novedad no habían sospechado y quizás no sospechen nunca.

Cuando algunos cambios sociales, económicos, educacionales, se presentan particularmente intensos, el proceso de cambio cultural se facilita en buena medida. Sin duda es lo que ha ocurrido en el campo de las ideas morales de circulación más común. El sentido tradicional de algunos conceptos morales ha sufrido un progresivo oscurecimiento y en ocasiones ha llegado casi a desaparecer. En cualquier caso ha perdido evidencia interna y social y es, continuamente, objeto de discusión y crítica, y aún de rechazo sin miramientos. El cambio de modelos morales ha

operado el vaciamiento del genuino sentido moral de conceptos morales básicos (cfr. Yanguas, José María, Prólogo a la edición española de *Ética: cuestiones fundamentales*, de R. Spaemann). El signo de la conducta humana deja de ser la moral para dejar en su lugar a la tolerancia.

La nuestra es una época de necesaria transición hacia nuevos horizontes intelectuales.

En medio de esta indefinición, si todo resulta «tolerable» resulta oportuna la observación de Ricardo Yepes: «¿Alguien sabe qué valores están en alza, qué merece la pena defender?».

CONCLUSIONES

1. ¿La técnica a la alza?

En medio de una cultura sin definición venimos necesitando un faro en la noche que indique dónde está el puerto. Este momento cultural parece apuntar a la técnica como solución de los grandes conflictos.

La post-modernidad ha puesto de moda un camino más corto para el éxito, el recorrido por los llamados «tecnócratas». Las invenciones de la técnica nos han llevado a la creencia de que es «omnipotente»; lo que no pudieron los intelectuales de todos los siglos —dicen— lo ha alcanzado la técnica en los últimos años. Sin embargo este nuevo «sistema», comienza a «mostrar el cobre». Los

problemas sociales (misericordia, pobreza, corrupción pública, conflictos ecológicos, demográficos, etcétera) no han podido ser superados con la tecnología. Algo nos hace pensar que no esconde —aunque quiera aparentarlo— el «póker de ases».

Los éxitos tecnócratas parecen desestabilizadores. Se ha apostado mucho y son muchos los que han apostado a la técnica como solución de soluciones; y, sin embargo, el desarrollo social sigue su camino «renqueando». Los éxitos desestabilizadores parecen serlo —éxitos— sólo bajo un «prisma de color rosa». La técnica ha ganado varias partidas al tiempo y al espacio, a las leyes físicas, pero todavía estamos lejos de alcanzar *El mundo feliz* de Huxley.

A la técnica le hace falta algo para llevarnos a ese mundo feliz. La técnica es indudablemente capaz de hacer «bueno» el mundo material, pero lo que estamos necesitando son «hombres buenos». Hay quienes siguen insistiendo en la necesidad de la vida moral.

Nos está faltando el dato moral para la orientación de la civilización contemporánea. Por demás el mundo post-moderno lo ha evadido. El registro existencial actual no admite la norma universal y si el dato moral no es válido en todos los tiempos y en todas las circunstancias no vale la pena de ser tomado en cuenta. Si no es válido es que no es real: no se ajusta a la naturaleza de las cosas.

2. La moral como bien común universal: bien de todos los tiempos, en toda la geografía

«Todos los seres humanos de los que la historia da testimonio, reconocen algún tipo de moralidad, es decir, experimentan hacia ciertas acciones que se proponen realizar el género de sentimiento expresado con las proposiciones “debo” o “no debo”»².

Hace mucho que Agustín de Hipona expone en la *Ciudad de Dios*: «Dos amores hicieron dos ciudades: el amor a uno mismo, la ciudad de los hombres; el amor a Dios, la ciudad de Dios».

El sueño de Platón, de Agustín, de Sir Tomás Moro, sigue siendo un posible, pero sigue brillando por su ausencia en las listas de proyectos constructivos. Incluso en los personales.

En parte porque seguimos sin creer que son las decisiones de los hombres las que construyen o destruyen; en parte, porque aun cuando admitiésemos lo primero, no creemos que la moral sea en sí misma un proyecto constructor; y, finalmente, porque aun para quienes sí lo piensan, se encuentran demasiado expuestos a la seducción de lo que Agustín llamó «el amor de uno mismo» y que en nuestro lenguaje no es otra cosa que los propios intereses a costa de los demás.

2 C.S. Lewis (1994). *Op. cit.*, p. 29.

Quizá la raíz del problema está en que nuestra visión sólo alcanza a vislumbrar nuestros intereses particulares: lo malo de pensar en términos de materialidad es que la división no multiplica, sino resta al capital total; así, se concluye que lo que es bueno para mí no lo es para ti.

Una visión más amplia podría hacernos percibir que hay bienes superiores a los meramente materiales capaces en sí mismos de satisfacer las propias apetencias y las de los demás, sin contradicción alguna. Ésos son los bienes absolutos; es el bien moral. Si ciertamente los hubiera, la deliberación estaría obligada a considerarlos.

Pero en la práctica, no parece fácil coincidir en un mismo código moral y volvemos a las mismas. «Los códigos morales vigentes entre los hombres —señala C.S. Lewis—, pueden diferir unos de otros, pero, bien mirado, no son tan distintos como a menudo se afirma»³. Y Robert Spaemann afirma: «Las coincidencias en las ideas morales de las distintas épocas son mayores de lo que comúnmente se cree»⁴.

Existen cuestiones éticas que no son argumentables como norma universal, por eso dice Aristóteles: «La gente que dice que se puede matar a la propia madre no merece argumentos, sino azotes», le faltan algunas experiencias fundamentales o posibilidades de experiencia que no son reemplazables por argumentos.

3 *Ibidem*, p. 30.

4 Robert Spaemann. *Ética: Cuestiones Fundamentales*, EUNSA, p. 24.

El resultado del bien moral sería el orden social y el orden individual. Sin excesiva argumentación, cualquiera se pregunta cuál sería el problema de una sociedad en la que todos velaran por el bien de los demás y, en consecuencia, por el bien de sí mismos ya que el «sí mismos» sería el «bien de los demás». Algo de este supuesto es posible intuir en la *Utopía* de Moro y la *Ciudad de Dios* de Agustín de Hipona.

3. Antídotos contra la indefinición. Uno entre muchos: la cultura

En la toma de decisiones empresarial y profesional, tradicionalmente se ha puesto de relieve la necesidad de estar «bien informado». Pero estar bien informado no es contar con los datos que manifiesta un punto de vista. Una cuestión financiera, por ejemplo, no puede ser resuelta sólo desde el punto de vista financiero porque las cuestiones humanas se encuentran entretrejidas, enlazadas entre sí. Tampoco resulta proporcionado adoptar soluciones educativas, por poner un caso, para resolver cuestiones de orden geográfico, económico, etcétera, sin contar con la información, no sólo educativa, sino en general humana. Es aquí donde se encuadra la *cultura*; como un saber que tiene más de «formación» que de «información». La formación es más que una simple erudición.

La coyuntura ineludible de la decisión continua pone al hombre frente a la obligación de estar informado, una información que le dé herramientas de análisis de la situación en la que transita. Cuando la información se mueve en el espacio cerebral del hombre y contribuye a la formación de afirmaciones universales, cuando es capaz de discernir lo esencial de lo accidental, cuando hace capaz al propio entendimiento de ser analítico y sintético, comparativo y conclusivo, la información se está convirtiendo en cultura.

La deliberación que precede a la decisión se funda en la cultura del individuo. La deliberación recibe un primer sello de garantía con la cultura personal. La cultura supone un conocimiento omnicomprensivo de la realidad. No se mira «desde tal punto de vista», sino en cuanto realidad.

He afirmado que la decisión recibe un primer sello de garantía con la cultura, pero estoy muy lejos de creer en aquella verdad socrática que suponía que «una vez conocida la virtud sería inevitablemente vivida». Creo que hace falta algo más que sabiduría para alcanzar el bien moral. Y creo también que el éxito personal y profesional no está sólo en el «saber bien» sino también en el «hacer bien», más aún, en el «querer bien». Quiero decir que no basta reconocer el bien sino que hay que adherirnos a él. A la vez, es imposible adherirnos a un bien que no ha sido reconocido. Para esto hay que conocer en amplitud: visión amplia; apertura.

Mi propuesta para apuntalar una toma de decisiones anémica en una cultura anémica es precisamente la consolidación de la cultura como presupuesto a la consolidación del bien.

Copyright of Hospitalidad ESDAI is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.